

## EL SUDOR DE SANGRE

*Si enim sanguis taurorum, et cinis vitulae aspersus, inquinatos sanctificat ad emundationem carnis; quanto magis sanguis Christi... emundabit conscientiam nostram ab operibus mortuis ad servandum Deo viventi?*

Porque si la sangre de los toros, y la aspersión del agua mezclada con la ceniza de una becerria, santifican á los inmundos, purificando su carne; ¿cuánto más la sangre de Cristo purificará nuestra conciencia de las obras muertas, para hacernos tributar un culto verdadero al Dios vivo?

(HEBR. IX, 13, 14.)

El Salvador había dicho, hermanos míos, en cierta ocasión á sus apóstoles: Un bautismo de un género absolutamente nuevo, un bautismo de sangre me está reservado, y ¡cuán vivo é impaciente es el deseo que tengo de recibirlo! Esta profecía se cumplió literalmente en el huerto de las Olivas. En efecto, según refiere San Lucas, después de la agonía que había sufrido, un sudor de sangre manó de su sagrado cuerpo, y con una abundancia tal, que no sólo el mismo Jesús fué todo bañado y como bautizado en su propia sangre, sino que la tierra fué regada en torno de él.

Y bien: ¿cuál fué la causa, cuál fué el fin de este extraordinario y maravilloso sudor? Algunos autores piensan que fué un efecto de la ansiedad violenta que el Señor experimentó á vista de sus tormentos. Sus profundas angustias, su espantoso terror, dicen, contraían todas las venas y el corazón mismo, y de tal modo las hacían incapaces de contener la sangre, que ella se abría paso al través de los poros, y manaba por todas las partes de un cuerpo tan delicado como puro.

Mas esta explicación de uno de los más estupendos milagros que el Salvador obró en si mismo, no parece la más conforme á la dignidad de la persona del Redentor, á la generosidad de sus sentimientos

tos y á la exceléncia de su sacrificio. En efecto; no sólo no hubo jamás en Jesucristo lucha alguna interior entre el espíritu y la carne, entre la voluntad divina y la voluntad humana, sino que ni aun experimentó de una manera marcada repugnancia alguna á sufrir; no puede, pues, admitirse en él una repugnancia tan fuerte y profunda, suficiente para extraerle la sangre de las venas. Además, si el Redentor no se hubiera sometido á beber el cáliz amargo de sus penas sino después de haber estado en agonía hasta derramar sangre, si no se hubiera resignado á ello sino con una obediencia forzada y violenta, si hubiera manifestado una voluntad contraria á la de su Padre, si él no hubiera sucumbido sino á una necesidad inevitable, no sería verdad lo que dice San Pablo, que Jesucristo, considerando con un gozo santo el fruto de su muerte, despreció la vergüenza y el dolor y volvió apresuradamente al encuentro de su cruz. No sería cierta esta otra reflexión de San Pablo; á saber, que nosotros hemos sido santificados y rescatados por el ardor y la generosidad con que el Hijo de Dios se ofreció por nosotros á su Padre. ¡No, no! exclama el venerable Beda con la generalidad de los Padres de la Iglesia, esta efusión de sangre del Redentor no fué el resultado de la debilidad del hombre, fué un prodigio de la omnipotencia de Dios, pues por más que digan ciertos autores, sudar sangre por todas partes del cuerpo es un fenómeno contra la naturaleza.

¿Cuáles fueron, pues, los motivos y los misterios de este sudor milagrosamente sangriento? Yo los voy á indicar, con la ayuda de las luces de la Escritura y de los santos Padres. *Ave María.*

Entre los sacrificios que el mismo Dios había prescrito en la ley antigua, el holocausto ocupaba el primer lugar. Se inmolvaba una víctima muy pura, que era ofrecida y consumida toda entera en honor de Dios, en reconocimiento de su majestad suprema y del alto dominio que ejerce sobre la vida y la muerte de todos los seres. Por esta razón se llamaba el sacrificio por exceléncia; éste era el más agradable á Dios y cuyo olor le era el más suave.

Ved aquí, pues, el primer motivo del sudor de sangre que Jesús experimentó en Gethsemani; éste fué el deseo, dice Santo Tomás, de ofrecer á su Eterno Padre en nuestro nombre un holocausto perfecto, en el que la víctima toda entera fué consumida por las llamas de la caridad divina, en vez de serlo por el fuego material.

Efectivamente, nuestro Salvador había anunciado muchas veces que un día daría su vida voluntariamente, para volverla á tomar muy pronto. Había declarado también por boca de David que su sacrificio

sería voluntario, y que esta circunstancia formaría toda su excelencia y todo su mérito. Sin embargo, ¿cómo podía cumplirse este sacrificio de una manera sangrienta sin que la injusticia y la violencia tomaran parte en él? Y tomando parte en él la violencia y la injusticia, ¿cómo podía ser mirado como enteramente puro y voluntario? Pues bien, estas dos condiciones que parece que se excluyen mutuamente, se encontraron admirablemente unidas en el huerto de las Olivas, donde se ofreció un sacrificio sangriento sin el concurso de la violencia. Allí no hubo tormentos ni golpes; ninguna herida, ninguna causa exterior obliga a la sangre a salir de las venas. Ni la traición de Judas, ni la injusticia de Pilatos, ni el odio de los judíos, ni la crueldad de los gentiles tuvieron en ello parte alguna.

Ningún crimen deshonra, ni aun en apariencia, un sacrificio tan grande. Ninguna infamia mancha una acción tan pura. Ningún sentimiento perverso viene a ofuscar a nuestros ojos la generosidad con que Jesucristo se inmola. Ninguna boca profana insulta aquí su amor como sucedió en el Calvario, y no puede atribuirse a la violencia ni a la fuerza lo que es un efecto de su bondad infinita. Aquí, Jesucristo, verdadero pontífice, no tiene necesidad ni de ministros ni de servidores para cumplir su sacrificio, pues él se basta a sí mismo. Porque siendo a la vez sacerdote, altar y víctima de su sacrificio, abre él mismo por su propia voluntad sus venas sagradas, y deja salir libremente la sangre y la vida, de manera que sólo su omnipotencia es capaz de detener la muerte: *Tristis est anima mea usque ad mortem*.

Este es, pues, un sacrificio completo por la entera destrucción de la víctima; es asimismo el más augusto de los sacrificios, porque el cuchillo que degüella esta víctima es su obediencia, el altar sobre que se ofrece es su santidad, y el fuego que la consume no es otro que el de su amor. Así como la tierra mejor es la que produce en abundancia flores y frutos sin ser hendida por la reja del arado y sin tener necesidad de cultivo alguno; así como la fuente más pura es la que derrama por sí misma el agua clara, sin necesidad del trabajo del hombre; así como la uva más exquisita es aquella de que destila un dulce licor aun antes de ser pisada, en el lagar, así también la parte más noble del sacrificio de Jesucristo en su Pasión es al parecer la que se cumplió en el Huerto. Allí su cuerpo adorable, sin haber sido labrado aun por los azotes, sin haber sido herido por los clavos, ni por la lanza, sin haber sido prensado sobre la cruz, derrama espontáneamente su divina sangre para el alimento, el consuelo y la salvación del hombre. ¡Oh amable Redentor! Me parece que os oigo

exclamar entonces: «Mi sangre es exigida, es necesaria; el cielo y la tierra, Dios y los hombres tienen sed de esta sangre. ¡Pues bien! Vedla ahí, yo la derramo por los que la reclaman.» ¡Oh puro y sublime holocausto, que hace abolir y olvidar todos los holocaustos antiguos que sólo había prescrito y aceptado Dios en otro tiempo, porque eran la figura simbólica de éste! ¡Oh puro y sublime holocausto! ¡Cómo desde el fondo del valle de Gethsemani hace subir su suave perfume hasta el trono del Eterno! ¡Cómo serena su semblante irritado! ¡Cómo forma las delicias de su corazón!

San Pablo exclama que en este holocausto se ofreció Jesucristo por nosotros y en nuestro nombre a Dios su padre como una víctima de una suavidad infinita.

Ved aquí, pues, cómo la humanidad entera ofrece a Dios, en la persona de Jesucristo y por Jesucristo, un holocausto de una excelencia y de un mérito infinito, porque divina es la víctima que se inmola, y divino el sacerdote que la presenta. De este modo recibe Dios de parte de los hombres, en este misterioso instante, un culto perfecto y digno de él, y la Esencia infinita es honrada cuanto puede serlo.

A decir verdad, Jesús nos había ya dejado adivinar sus generosas intenciones y revelado este misterio de bondad y de misericordia por la humilde actitud que tomó desde el principio de su oración. Al inclinarse profundamente con el rostro en la tierra, nos dió á entender evidentemente, dice A. Lapidé, que había consentido en llevar la inmensa carga de nuestros pecados, y que en este momento se veía obligado á encorvarse hasta la tierra, como abatido y casi aplastado bajo este enorme peso. Por otra parte, continúa el mismo intérprete, Jesucristo en esta actitud es nuestro amable Redentor que, por nosotros, se presenta ante su Padre como un culpable arrepenido que viene á someterse al castigo que ha merecido, y que parece que le dice al mismo tiempo: Vedme aquí, Padre mío, yo me entrego á Vos por los hombres; yo me ofrezco á sufrir solo toda la pena en que ellos han incurrido. Desde este momento entrego mi cuerpo para que sea desgarrado por los azotes; mi cabeza para que sea ceñida con una dolorosa corona; yo presento mis manos y mis pies á los clavos y todo mi cuerpo á la cruz. No azotéis, Padre mío, más que á mí solo; no coronéis de espinas, ni clavéis en la cruz más que á mí solo; perdonad á los hombres y volvedles vuestra amistad.

Mas, ¿por qué junta Jesús á esta súplica una contricción profunda y un sudor de sangre? Para comprender esto, observemos que, según las palabras del mismo Salvador en el Evangelio, el pecado se forma en el corazón antes de que se consuma por la acción exterior. Por

mejor decir, no consiste, hablando con propiedad, observa el Doctor angélico, en la materialidad del acto, sino en la determinación de la voluntad. Por esta razón continúa el mismo Santo, antes de que el pecador ofrezca á Dios el sacrificio de su cuerpo por medio de la satisfacción, debe ofrecerle por la contrición el sacrificio de su corazón; porque el dolor voluntario del pecado con que se ha manchado es la primera condición indispensable al pecador para que pueda obtener su perdón y reconciliarse con Dios, y ella es la que constituye esencialmente la penitencia verdadera. Ved aquí, pues, prosigue Santo Tomás, la causa primera del dolor interior que Jesús sintió entonces; él quiso concebir y experimentar la contrición por todos los pecados del género humano, supuesto que se había encargado de expiarlos, y el sudor de sangre que se esparció en abundancia sobre todo su cuerpo sagrado, fué, dice San Bernardo, el terrible efecto de esta profunda contrición que destrozaba su corazón.

¡Cuánta magnificencia hay en esta interpretación del sudor sangriento de Jesús, y cuán digna es de su augusto misterio! Ella ordena de una manera admirable los misterios de Pasión, y nos hace conocer toda su economía. Procremos sin embargo ampliarla algo más. El pecado, observa Santo Tomás, tiene algo de infinito, si se considera con relación á la majestad infinita de Dios, contra la cual se subleva. ¿Mas, cuál es el hombre que comprende todo el mal que ha hecho á Dios y á sí mismo al cometer el pecado?... ¿Y quién puede detestarlo con la viva contrición con que merece ser detestado?

¡Ah! El dolor de David, de Pedro, de la Magdalena y de otra multitud de santos modelos de contrición sincera, de verdadera penitencia, estuyo muy lejos de llegar á la altura de la malicia del pecado. Por consiguiente, así como las adoraciones de un Hombre-Dios son las únicas que podían tributar á Dios el culto que le es debido, así como los sufrimientos de un Hombre-Dios son los únicos que podían satisfacer por el castigo del pecado, del mismo modo también la contrición de un Hombre-Dios es la única que podía detestar y llorar dignamente la malicia del pecado.

En efecto, si pudiésemos tener, hermanos míos, de la grandeza y majestad de Dios el conocimiento perfecto que tenía el Redentor, si el terror de la justicia divina produjese en nosotros la impresión que debiera producir, no hay duda que nuestro semblante se cubriría de confusión; un terrible espanto, una consternación profunda abatiría nuestro espíritu; el dolor más agudo y más intenso destrozaría nuestro corazón; un frío glacial, un temblor convulsivo agitaría nuestros miembros; un terror mortal se apoderaría de nuestras personas; nos-

otros sentiríamos también abrirse nuestras venas, y no sólo sudaríamos sangre como Jesús, sino que moriríamos de angustia en el acto, porque nuestra flaqueza sería impolente para resistir un desbordamiento tal de dolores.

Pues bien, Jesucristo, dice Santo Tomás, experimentó en sí reunidos á la vez todos estos sentimientos de amargo dolor y de terrible espanto, que deberían agitar el corazón de todos y de cada uno de los pecadores si viesen sus faltas con la claridad que Dios las ve. El sintió, pues, en su corazón, más fuertemente aún, la contrición que todos los hombres juntos han tenido y que debían tener; ya porque se alligó por los pecados de todos, y ya también porque su dolor nacía del conocimiento claro que tenía de la majestad, de la grandeza y de la bondad infinita de Dios á quien el pecado ultraja y de su inmenso amor por los hombres, á quienes este mismo pecado precipita á su eterna ruina.

¿Quién podrá, pues, no digo medir ó expresar la intensidad del dolor que, según la expresión de Isaías, molió el corazón de Jesús á vista de sus pecados, *Attritus est propter scelera nostra* (Is. 53.), sino siquiera tener de él alguna idea? A este propósito, observa el Doctor angélico que, debiendo satisfacer por los pecados de todos los hombres, se vió poseído por la tristeza más profunda que puede imaginarse, y su dolor fué más fuerte que todos cuantos dolores podemos sufrir en la vida presente. En efecto, ved aquí cómo habla el mismo Salvador por boca de sus profetas: «Oh, vosotros, todos los que pasáis cerca de mí, espectadores insensibles é indiferentes: deteneos un instante y ved si hay en el mundo un dolor que pueda igualarse á mi dolor.»

Así, pues, cuando los evangelistas dicen que Jesucristo sintió en el Huerto un pavor indecible, una profunda melancolía, un temblor horrible, un inmenso espanto y una ansiedad capaz por sí sola de causarle la muerte, *Ccepit pavere, tedere et mestus esse... Tristis est anima mea usque ad mortem*, usan unas expresiones, que lejos de ser exageradas, se quedan muy inferiores á la realidad, supuesto que no existen palabras para pintar un dolor sin límites.

¿Y es extraño, en vista de esto, que el corazón tierno de Jesús, como David lo había anunciado, se derritiese y se liquidase en Gethsemani, como la nieve á los rayos del sol, ó como la cera al calor del fuego? ¿Debe causar admiración que una contrición tan profunda, que un dolor tan intenso abriese su corazón y sus venas, y que, abiertos también por fuerza los poros de su delicada piel, dejases salir la sangre en gotas tan abundantes, que corriesen en pequeños

hilos hasta llegar á regar la tierra? ¿Debe causar admiración que experimentase un desfallecimiento tan extraordinario y tan excesivo, que sin un nuevo milagro hubiera sido bastante para causarle la muerte? *Tristis est anima mea usque ad mortem.*

Ved aquí, pues, el profundo misterio de ese milagroso sudor de sangre. Este es el gran acto de contrición que el Hijo de Dios hizo por los pecados de todos los hombres, y que acompañó con sus lágrimas, mas con unas lágrimas tan extraordinarias como el dolor que las produjo, es decir, con lágrimas de sangre. ¡Oh, dolor! ¡Oh, lágrimas! ¡Cuántos tormentos causáis á Jesucristo, pero cuántos consuelos derramáis sobre nosotros! Porque el Redentor se contristó por nosotros, *Atritus est propter scelera nostra*, nosotros estamos seguros al presente de poder obtener la gracia necesaria para arrepentirnos de nuestras faltas. Sin este exceso de amor, hubiéramos permanecido endurecidos y sumergidos obstinadamente en nuestros pecados, y hubiéramos puesto el colmo á ellos con la desesperación y la impenitencia. ¡Ah! ¡El dolor que ha quebrantado el corazón de Jesús ha ablandado el nuestro, y su sudor de sangre ha preparado el curso á nuestras lágrimas! Esta contrición del Salvador es la fuente de la nuestra. De ella es de donde el arrepentimiento, el llanto y los gemidos del pecador reciben su origen, su mérito y eficacia, porque el precio infinito de la contrición tan viva y tan profunda del Hijo de Dios ha dado á la nuestra el poder de borrar en nosotros el pecado y conseguir nuestra reconciliación con Dios. Y de este modo se cumple el divino oráculo de que: La sangre que Jesucristo derramó en el huerto de las Olivas purifica nuestra conciencia de las obras muertas del pecado.

Finalmente, cuando el fuego había consumido la víctima, se mezclaban las cenizas y la sangre de la novilla roja con agua, y se formaba una especie de agua lustral ó bendita, con la que se hacia siete veces la aspersión al pueblo. De modo que este holocausto ofrecido en honor de Dios y por la expiación del pecado, era al mismo tiempo un sacrificio impetratorio que obtenia una especie de santificación legal. Bajo este aspecto, fué también la figura del sacrificio de Gethsemani, en el que el Redentor nos alcanzó todas las gracias que por medio de los sacramentos vienen á embellecer nuestras almas y hacerlas dignas de servir á Dios y de vivir unidas con Dios!

¡Oh, tierno y afectuoso misterio! dice San Bernardo. Las lágrimas que corrieron de los ojos del Redentor no bastaron á su amor; él quiso que todos sus miembros se transformasen en cierto modo en otros tantos ojos, y que toda su sangre se convirtiese en lágrimas; él

quiso verter lágrimas de sangre y asociar su cuerpo á esta manifestación patética de dolor, á fin de purificar y embellecer en todas sus partes á la Iglesia su esposa. ¡Purificación preciosa, observa San Agustín, que principió á hacer brillar en todo el cuerpo de la Iglesia, entre todas las virtudes, la paciencia de las almas afligidas y la constancia de los mártires!

Está escrito también que la sangre que salió de todas las partes del cuerpo adorable del Señor, después de haber bañado su carne sagrada, corrió hasta humedecer el suelo: *Sicut gutte sanguinis decurrentis in terram.* Pues bien, por este hecho nos quiso dar á entender que desde este instante pertenecía su sangre á la tierra, á fin de que, según la profecía, todos los pecadores que vivieran en la tierra pudiesen embriagarse con este sagrado licor. Quiso advertirnos también que la tierra, una vez empapada en este sagrado licor, no se secará jamás, y que la sangre del verdadero Abel, derramada, no ya por la mano cruel de Caín, sino por la caridad misma del Redentor, más poderosa que el odio y la envidia de sus enemigos, no cesará jamás de elevar desde esta tierra, que ha sido regada con ella, gritos poderosos hacia el cielo; que, sin embargo, estos gritos no llamarán el castigo ni la venganza, sino la misericordia y el perdón, y que nosotros, aunque polvo, aunque tierra herida por la maldición y el anatema, abriremos nuestro seno á los beneficios de este rocío divino, y seremos benditos y salvos.

La aspersión de la verdadera agua lustral se estableció para nosotros sobre esta tierra; nosotros podemos disponer de la sangre de la verdadera víctima divina, como habla San Pedro. Con tal que así lo queramos, podemos ser lavados y purificados siete veces en los siete sacramentos de la Iglesia.

Apresurémonos, pues, nosotros también á recurrir á los sacramentos; este es el baño sagrado donde debemos ir á mojar el vestido impuro que afea nuestras almas, seguros de que la sangre divina nos lavará de todos nuestros pecados; ella nos volverá la vida con los adornos preciosos de la gracia santificante, de tal modo que después de haber servido fielmente á Dios en la tierra, iremos á vivir eternamente con él en el cielo. Así sea.

## LA TRAICIÓN DEL FALSO APOSTOL

*Unus quisque tentatur a concupiscentia sua.*

Cada uno es tentado por la propia concupiscentia.

(JAC. I, 14.)

Tal es, amados hermanos míos, la triste condición de nuestra vida de probación aquí bajo, que nosotros hemos de ser tentados, experimentar asaltos, y sostener los combates de la tentación. Cada uno de nosotros lleva dentro de sí mismo esta funesta y calamitosa herencia de la concupiscentia, consecuencia del pecado original, principio de desorden y desgracias, que jamás está destruido en nosotros, y que nos queda, no sin duda para quitarnos la libertad del bien, sino para darnos el mérito de la conquista y del triunfo.

Habiendo de considerar las diferentes circunstancias de la Pasión del Salvador, es muy justo y útil, hermanos míos, estudiar en ellas este carácter del mal, estos progresos del pecado que el apóstol Santiago os ha descrito de un modo sorprendente: «Cada uno de nosotros es tentado por su concupiscentia»: *Unus quisque tentatur a concupiscentia sua*. Esta como apegado a ella, seducido por ella, *abstractus et illectus*. Y en seguida continúa el mismo Apóstol: *Deinde concupiscentia cum conceperit, parit peccatum*; «cuando la concupiscentia ha concebido, cuando ha formado la idea del mal, engendra el pecado.»

Para ofreceros en las páginas del relato Evangélico un ejemplo lamentable de esta consumación del mal en nosotros, yo escojo la traición de Judas. Estudiaremos juntamente en este apóstol sacrilego la historia lamentable de los desórdenes é iniquidades del mundo. No nos contentaremos de una estéril indignación; pondremos, sí, el mayor cuidado en marcar con el sello de la infamia, en este discípulo infiel á su Maestro, lo que quizá habremos realizado más de una vez en nuestra alma. Cuando menos, hagamos de suerte que estos sentimientos de indignación y de santo estremecimiento, nos irriten con-

tra nosotros mismos, y nos animen de un espíritu de venganza saludable.

Vamos á seguir paso á paso, hermanos míos, en lo que toca á este lamentable episodio, el mismo relato evangélico. Felices de nosotros si pudiésemos comprender así lo que es el mal, verdadera traición hacia nuestro Dios, y una sacrilega infracción de los empeños más sagrados. Pondremos, como es justo, bajo la invocación de la Madre de Dolores, nuestras meditaciones y razonamientos. *Ave Marta*.

Cuando un alma comete un pecado, y se hace á veces culpable de un gran crimen, no se ha de creer que no haya tenido en ella su atractivo la virtud, y que no haya morado el bien en el alma pecadora. Había sido escogido Judas como los otros discípulos, había entrado en la compañía de su Maestro, había sido marcado con el sello y título de discípulo suyo, de su hermano y amigo: así para él como para los otros, Jesús había abierto todos los tesoros de su bondad y afecto; le había dispensado todas las luces del cielo; le había prodigado los testimonios más inequívocos de su confianza, de su aprecio, de su ternura; todavía más, este divino y amantísimo Salvador, que no vivía sino de limosnas presentadas á sus pies, había encargado á su apóstol Judas la administración, en verdad no muy complicada, de estos cortos intereses materiales, así como también el suministrar la subsistencia á su compañía. Esto es lo que nos dice el texto mismo del libro evangélico. Pero ¡ah, hermanos míos! esto fué la ocasión de esta triste y cruel tentación, cuya historia he propuesto referiros. Este dinero, estos intereses materiales de que Judas era depositario, despertaron en su corazón los instintos más tristes y vergonzosos.

Mucho antes de hacer traición al Salvador, Judas había sido poco escrupuloso en dicha administración; el sagrado texto de los Actos de los Apóstoles lo ha dicho claramente y en sus propios términos: en circunstancias diferentes ya se había dado á conocer como un avaro, y presentado la medida y como la expresión precisa y neta de su alma sórdida é interesada. Traed á vuestra memoria aquella mujer pecadora de la ciudad; tocada de arrepentimiento, animada de confianza, guiada por un sentimiento de amor puro y respetuoso, compra un perfume precioso, y postrándose á los pies del Salvador los baña con el licor aromático que ella ha traído con el mayor cuidado. Indignase entonces el discípulo avaro, y exclama: «¿A qué viene este gasto, esta pérdida? ¿No era mejor vender este perfume y (añade irónicamente sin duda) dar su precio á los pobres?» Respóndele el Salvador: que ella había venido á honrar la Divinidad

en su persona, y que á este fin habia derramado un perfume precioso sobre sus pies: él declara que esta mujer será honrada para siempre por el homenaje que acababa de ofrecerle tan candorosa y rendidamente, por la acción que habia cumplido y llevado á pleno efecto con tanto desinterés.

Ya sabéis, hermanos míos, que entonces se acercaban los días de la pasión de nuestro amabilísimo Salvador, quien habia predicho frecuentemente las diferentes circunstancias de la misma. Ya desde muy largo tiempo, muchos siglos antes, los profetas habian sido los historiadores sagrados de este gran drama sagrado; y ahora, en estos momentos mismos, las Escrituras están al punto de realizarse. El Salvador, queriendo dar el último y más declarado testimonio del exceso de su amor á sus discípulos, á todos los hombres, quiere instituir el adorable sacramento de la Eucaristía. Manda á sus discípulos juntarse para la última cena: Judas, como sabéis, estaba con los demás, en esta circunstancia memorable. Antes de la comida de caridad, antes de este momento solemne, en que el Salvador iba á ordenar sacerdotes suyos á los que habia escogido para la conversión del mundo, en la hora misma en que iba á hacerlos depositarios del tremendo poder de hacer descender la víctima á nuestros altares; en esta hora misma, sabiendo que todo le pertenece en el cielo y en la tierra, se levanta, cñese de una toalla, y se postra á los pies de esos mismos hombres que habia recogido de las orillas de los mares, lavando sus barbas y redes, para lavarles á ellos sus pies. Vedlo á los pies de Judas, ministrándole este humilde oficio: su corazón habla entonces al corazón del discípulo ingrato, desleal y pérfido.

Entretanto celébrase la misteriosa Cena, consúmese el Cordero Pascual; Jesús da gracias á Dios Padre, toma el pan, lo bendice y lo consagra; haciendo lo mismo con el vino; distribuye uno y otro á sus discípulos, entre ellos á Judas; instituye, ordena sacerdotes á sus apóstoles, entre ellos á Judas. «Ved aquí: este es mi cuerpo, mi cuerpo mismo; ved aquí: esta es mi sangre, esta sangre que voy á derramar por la remisión de los pecados del mundo.» Y en este momento el ingrato apóstol realiza por la vez primera en la tierra el crimen de la comunión sacrilega. En tanto que los discípulos, atentos á las palabras de su Maestro, buscaban cómo penetrar todos sus pensamientos, cuando andaban azarosos dentro de sí mismos para purificar sus almas de las menores, de las más ligeras faltas, el Salvador les habia dicho para tranquilizarlos: «Sí, purificados estáis vosotros: *Et vos mundi estis...* Si; y sois dignos de participar de mi carne y de mi sangre; no lo sois empero todos, porque todos no estáis purifica-

dos: *sed non omnes: no sois fieles todos vosotros.*» Y pocos momentos después pronunció aquella palabra tan terrible, capaz por sí sola de conmovier y llenar de arrepentimiento á aquel corazón endurecido: «No estáis, en verdad, todos vosotros puros: hay aquí mismo uno que me ha de vender.» Anunciale, pues, su perfidia en términos evidentes y ante la asamblea de los apóstoles, de sus discípulos, sus compañeros. Todos preguntan cuál es el culpable; más todavía: ruegan á Juan pregunte al Maestro para que el traidor sea conocido. Jesucristo lo ha designado sin nombrarlo, para darle todavía la libertad del arrepentimiento y de la enmienda, sin tener que sufrir afrenta ni bochorno, sin estar expuesto á la ignominia. Repite Jesús que el que está indicando va á venderle, es el que está asentado con él... el que alarga su mano con él hacia el plato...

¡Ah, hermanos míos! nada le ha hecho mella, ninguna impresión; nada ha podido conmovier esta extraña resolución. ¿Pero qué ha pasado, qué ha sucedido en este lamentable episodio? Aquí, hermanos míos, para conocer vuestra propia historia, escuchad el origen del mal y los progresos del mismo. Cuando se ha adoptado libremente una tendencia apasionada; cuando se ha halagado una inclinación al mal; cuando el corazón se ha entregado á las pasiones que llevan al desorden, pasa entonces en el alma del hombre una revolución que es verdaderamente una completa transformación. Y el Evangelio, para expresar la realidad de este imperio del mal, para mostrarnos la impresión que se experimenta cuando se ha dado así la mano á torcer, sin combatir á la concupiscencia, á la codicia que nos atrae, que nos arrastra, el Evangelio ha dicho, el Evangelio ha repetido dos veces, en dos circunstancias diferentes, antes de la perpetración y consumación del crimen: «Satanás entró en él.» *Introivit in eum Satanás.* Sí, amados hermanos míos; esto es sobrado cierto: el espíritu del mal entra como en su casa cuando encuentra un alma que ha concebido así el pensamiento del crimen, la idea del pecado, cuando encuentra un corazón que se ha dejado arrastrar en pos del atractivo que presenta la iniquidad, la ingratitud, la infidelidad contra Dios. Satanás entra en el corazón; y entonces hay una tiranía, hay una esclavitud tal, que nada puede pintarla con sus verdaderos coloridos: es necesario haber sondeado los senos del corazón humano, y deshecho sus pliegues; es menester, hermanos míos, como el sacerdote en su triste ministerio, haber oído esas lamentables historias del alma escapadas de las regiones de la inocencia perdiéndose en las regiones del vicio, para conocer lo que es esta fuerza, este poderío del mal, este poderío del espíritu del mal, de Satanás, que está como

de asiento en un alma. Allí se entroniza, allí reina, allí es el amo, el tirano; allí dicta sus leyes; y no hay ignominia, y no hay infamia, y no hay bajeza, y no hay acto de abyección y esclavitud que no ordene, impere, mande cual absoluto dueño, y que no se ejecute por el alma, su más rendida esclava.

Así, pues, Judas fué seducido por ese móvil grosero del dinero, por esos intereses que á tantas almas y tantos corazones seducen todavía. Movidlo por la vil codicia, fué á avistarse con el príncipe de los sacerdotes, para concertar con él la venta de su Maestro. Díjole pues: «Si queréis, yo, yo mismo lo entregaré.» *Ego vobis eum tradam.* Pero entendámonos: ¿qué queréis darme á mí? Es un trato, es una venta, ya lo veis. ¿Qué es lo que pensáis darme? Pero en fin; ¿cuánto me valdrá este negocio? ¿Vender á su Maestro; hacerle traición, entregarlo alevosamente; sacrificar al que le ha colmado de beneficios, á este Salvador que le había anunciado, y muy minuciosamente, la historia anticipada de su Pasión y de la Redención! ¡Entregar alevosamente, vender al que le ha manifestado toda la efusión de su ternura, á fin de granjearle la gracia de que tenía necesidad para preservarse de este arrastramiento al mal, de esta esclavitud brutal, de este ciego vasallaje á una pasión vergonzosa que le aquejaba, que le atosigaba! «Pero entendámonos, ¿qué me daréis por este hombre? *¿Quid mihi vultis dare?* — Ajustémosnos, treinta piezas de plata...» — Ved terminado el contrato sacrilego, horrible: treinta piezas de plata. Ochocientos años antes, un profeta del Señor, dejó escrito que la cabeza del Salvador del mundo se ajustaría y compraría por ese mismo precio de treinta piezas de plata: lo que se ha verificado al pie de la letra. Y Judas ha sido el instrumento ciego de la pasión y de Satanás, para realizar la antigua profecía.

Quedó estipulada la venta. Ved pues ahora, hermanos míos, ved en un corazón este vergonzoso engendramiento del pecado por la seducción, por el arrastramiento moral, aceptado por la obediencia que se presta tan servilmente á sus tendencias, á sus pasiones nacientes, toda vez que se condescendió con ellas al despuntar en nosotros.

¡Ah! sin hablar aquí de estas tristes y miserables transacciones que deshonran á la vida humana, hablemos solamente de esta venta del alma pecadora. Desgraciadamente, amados hermanos míos, aquel precio del rescate, aquel precio de la sangre redentora, pagado por nosotros en el Calvario, nos liberta, nos abre las puertas del cielo, nos vuelve los derechos á la herencia universal; pero nosotros, con nuestras iniquidades consentidas, con la aceptación de las condicio-

nes que nos ofrece el demonio, por esa seducción de la pasión y del pecado, abrazada carinosamente, coijada en nuestro seno, por esa seducción de una pasión y de un pecado resulta que hemos vendido nuestra alma, que la hemos entregado, ¿por qué precio? ¿por qué tesoro? ¿por qué ventaja? Decídmelo francamente, ¿qué fruto habéis recogido del mal que habéis cometido?

Pero volvamos á nuestro relato. El Salvador, viendo que hasta entonces resistía su apóstol á sus solicitudes interiores, le dijo: «Pues bien; haz pronto lo que hubieres de hacer.» Satanás lo poseyó de nuevo: *Introvit in eum Satanas.* Concluida la cena, y después de la institución de la Eucaristia, cuando el pérfido apóstol volvió á encontrarse con aquellos á quienes había vendido á precio tan vil la libertad y la vida de su maestro Jesús, conociendo bien lo que había de sucederle, se levanta, y se dirige á paso lento, atravesando el torrente Cedrón, se dirige hacia la montaña de las Olivas, á donde acostumbra ir á prolongar su oración. Allí tomando consigo solamente á tres de sus apóstoles, los más queridos suyos, se había postrado en tierra, pegando su divino rostro al suelo; durante tres horas de una agonía mortal, había renovado su ruego penetrante orando á su eterno Padre: le había pedido se alejase de él el cáliz de la amargura: este cáliz que le representaba todas las iniquidades de la tierra, las perfidias y desagradecimientos de los hombres. Y sin embargo, Jesús terminaba su oración en medio de los dolores y angustias más vivas de su corazón, con este acto de sumisión que nos ha legado en un momento y en una circunstancia tan tierna: «Padre, hágase tu voluntad, no la mía.» Habían ya transcurrido, hermanos míos, aquellas tres horas de la oración de Cristo en el huerto, y un copioso sudor de sangre había regado la tierra en torno de su sagrado cuerpo. Jesús había despertado á sus tres apóstoles, á quienes tenía adormecidos el cansancio y la tristeza, en tanto que el divino Maestro velaba y oraba. Jesús, sí, había velado, había orado, había padecido; había sufrido todas las tristezas, todas las displicencias, todo el tedio por este discípulo infiel que nos representaba á todos los pecadores. Y cuando con aquella luz divina que le hacía penetrar todo, conoció el aproximamiento de la cohorte que había de venir á apoderarse de él, dijo á sus discípulos: «Levantaos; vamos ahora.» En medio de las sombras de la noche, y entre un murmullo de voces confusas, pero que expresaban bien el odio y la venganza, se adelanta Judas, al reflejo de sombrías linternas, precediendo á aquella cohorte de judíos homicidas, coligados contra el Salvador, y de soldados romanos que se habían puesto á sus órdenes y servicio. Los ve acercarse Jesús sin

miedo, y con la benignidad y serenidad divina que jamás le faltó, preguntales el Salvador: «¿A quién buscáis?» Y á esta sola palabra, todos cayeron en tierra como heridos. Era en efecto menester que el Salvador les hiciese conocer su poder. Allí estaban; podía seguramente reducirlos á polvo, abrir los abismos de la tierra para precipitarlos: sin embargo, los restituye la libertad; y ellos se levantan.

«¿A quién buscáis?» les pregunta Jesús. Ciegos no han visto tanta luz, y endurecidos no han sentido el poder y majestad del que así podía aterrarlos como levantarlos. ¡Oh poder del odio! ¡extraña ceguera del furor y de la iniquidad! Toda luz desaparece, bórrese toda impresión feliz. «A Jesús de Nazareno», responden ellos. «Yo soy», dice Jesús. «Pero dejad se retiren los que están conmigo.» Para evitar toda equivocación, Judas les ha dado además una señal todavía más certera: estaba convenido con los soldados y con los sacerdotes que aquel á quien él diera un beso de amistad, sería el malhechor, el criminal de quien habían de apoderarse. Y tiene el monstruo hasta osadía para acercarse á su Maestro con el insultante signo de su ternura parricida; saludale: «Sálveos Dios, Maestro»; y abrazándole, le da un ósculo. A esta demostración del que lo vendía así á sus enemigos, os acordáis de aquella mansedumbre, de aquella blandura incomprendible del Salvador, de aquella tierna y sentida palabra que se desprende de sus labios, y que conmueve vivamente su corazón: «¡Oh, amigo mío! ¿á qué has venido? Cómo, ¡con un beso de cariño vendes al Hijo del Hombre! El es, apresadlo, no se os escape...» Judas está endurecido, endurecido más que la piedra, más rebelde que el tirano de los infiernos que lo oprime y esclaviza: «Vedlo ahí.» Y entonces se apoderan de Jesús, cargan de grillos y cadenas sus adorables manos, lo atan con cordeles, lo arrastran como al más vil malhechor por las calles de Jerusalén. Todavía no es tiempo de referiros las ignominias del Salvador y sus dolores. ¡Pero el apóstol... él ha ganado el precio de su traición, las treinta piezas de plata, objeto de su ambición, de todas sus esperanzas. ¡Ya está contento! El ha entregado alevosamente á su Maestro, el lo ha vendido, ha servido á su pasión, ha obedecido á su codicia. ¡Ah! gózate, gózate, hombre soez, ingrato; gózate, pérfido; gózate en tus glorias!

Peró no, hermanos míos, ahora que su Maestro ha sido entregado; ahora que está ya en poder de sus enemigos, ahora comienza la carrera del dolor y de la ignominia. Parece que todos los golpes dados, que todos los tiros asustados contra Jesucristo debieran llevar el contento y bienestar al fondo del alma de su enemigo: el odio tiene también sus goces, la venganza sus satisfacciones y placeres... Pues

bien, no sucede así con el infeliz traidor; el mal tiene sus leyes; hay un orden de la providencia, que á pesar de todos los extravíos, á pesar de toda la ceguedad del hombre, debe cumplirse también: este orden es el remordimiento después de la iniquidad; y ved aquí su historia. Judas entra en sí mismo; ha visto los efectos de su triste ajuste, y ahora Satanás es quien le insulta, Satanás quien le desprecia. Eso sucede exactamente al que se somete al yugo de la ley del espíritu de mentira, de este tirano de las almas. Os da terribles golpes, os hiere, os arrastra, os muestra todos los goces de la tierra. Le habéis creído, le habéis servido; y ahora que estáis caídos, ahora que le habéis obedecido, él se ríe de vosotros, os menosprecia, os insulta, y con razón. Judas ha recibido el insulto de Satanás; Judas se ha encolerizado por tales desprecios de Satanás; su orgullo se resiente vivamente, se indigna, todo su interior se revuelve como un volcán; y en fin toma un partido. Vase, con la suma de dinero que se le había dado por la infame venta, en busca de los principes de los sacerdotes; encuéntralos, y díceles: «Vuestro dinero... no lo quiero.» Y arroja á los pies de ellos las treinta monedas de plata. «¡Ah! yo he pecado, yo he entregado, yo he vendido al Justo. Ese dinero, precio de una iniquidad, vedlo aquí...; os lo devuelvo, tomadlo; lo detesto, lo desprecio. Y los principes de los sacerdotes con su orgullo le replican friamente: «Pero nos parece que á tí te tocaba ver lo que hacías. ¡A nosotros!... ¿qué nos va en ello? ¿qué nos importa?»

Judas arroja este dinero: ahora es cuando siente que ha estado bajo el imperio de la pasión, de un verdadero delirio, que lo había aturrido y cegado. ¡Con cuánta razón dice un Padre de la Iglesia: «Nuestra fiebre, nuestra enfermedad, es la pasión; *febris nostra, libido est*; nuestra calentura, nuestro delirio, es la avaricia; *febris nostra, avaritia est*; nuestra fiebre, el delirio que nos transporta, es la lujuria; *febris nostra, luxuria est*!» ¡Ah! hermanos míos, sólo en el bien, sólo en la dulce y amable obediencia al Señor, se encuentra paz, orden, felicidad y gozo. Judas ha conocido que el mal y el desorden estaban en él, y que lo arrastraban; llenóse de furor contra sí mismo... esto no era, no, arrepentimiento. ¡Ah! si hubiera esperado, si hubiera amado á su Maestro, después de haber echado su dinero de iniquidad á aquellos sacerdotes prevaricadores, si hubiera ido á postrarse á los pies de su Maestro, de su Salvador, hubiera encontrado una mano divina que lo levantara, y regándole con sus lágrimas, hubiera experimentado todavía aquellos mismos beneficios que se le habían prodigado. Hubiera podido leer cien veces en aquel divino corazón, y habría visto todos los pecadores acogidos, y jamás ne-

gado el perdón. Magdalena lo borró todo en un instante; á la Samaritana, como sabéis, estando en el pozo de Jacob, bastó un solo momento para cambiar el alma de esta mujer que se había abandonado al desorden. En todo tiempo, en todo lugar, en toda ocasión, Jesús acogía amorosamente á los pecadores, y les perdonaba. Judas debía saber, y estaba obligado á saberlo, que no había pecado, por gravísimo que fuera, que fuese irremisible; pero el desgraciado no quiso esperar, no quiso acordarse de aquella bondad infinita, de aquella misericordia.

Sin embargo, Jesús había rogado por él especialmente en la célebre oración última que pronunció ante todos sus discípulos; había derramado por él su sangre, estando en el fondo de su corazón: todavía lo solicitaba. Ved ahora, amados hermanos míos, la consumación de todo, las consecuencias del pecado; ved ahora sus efectos lamentables, que es necesario deplorar y evitar ante todo y á todo trance. Judas desesperó y ved aquí su mayor desgracia: la desesperación, católicos, es el mayor mal de nuestra alma, porque es un mal sin remedio. Judas se retira llevando la desesperación en su corazón: olvidase de que tiene un Padre en los cielos, un Salvador que está padeciendo cabalmente por él, por su reconciliación: olvidase de que Jesús le había hecho su amigo, su confidente: todo lo olvida, y se va taciturno á un sitio retirado; la vida se le hace pesada, fastidiosa; y no quiere, y no puede sobrellevarla más tiempo; él se la quita con un horrible suicidio. Vedlo al desventurado y pérfido discípulo: su cuerpo estaba abierto, y sus entrañas se habían derramado por tierra. Y aquellos hombres ¿qué harán con el dinero? Ellos estarán deliberando qué han de hacer de las treinta monedas tiradas á sus pies; no las quieren, las tienen en horror. Tan cierto es que la iniquidad lleva consigo su pena, muy lejos de dar una llena satisfacción. A pesar de la corrupción del hombre, y por más prótervo que sea, encuentra siempre en la maldad algo que le repugna al corazón y á la conciencia.

He ahí, católicos, tan lamentable historia: en ella veis aquella concepción proterva de una idea perversa, luego un progreso que la desarrolla, el engendramiento, el parto, después la consumación del crimen, sus funestas consecuencias, y por fin, la desesperación y la muerte. Y vosotros todos, ¡oh amados hermanos míos! que tal vez experimentaréis en el fondo del corazón el peso de la infidelidad y de la ingratitud; si habéis dudado alguna vez de la misericordia y de la bondad de Dios por la aglomeración de faltas añejas y nuevas, el espíritu enemigo os habrá querido sugerir, tal vez, como á Cain y á Judas, que vuestro crimen es demasiado grande para obtener perdón:

huid, huid de estas pérdidas sugestiones; ahuyentadlas, ahuyentadlas, lejos, lejos, y acordaos de que no hay ni puede haber nada en la tierra que pueda exceder la medida de la bondad y misericordia é indulgencia de vuestro Dios. Si Judas hubiera sabido esperar; si obedeciendo un instante á la ley de la esperanza cristiana, se hubiera acordado que tenía un hermano, un Salvador, un amigo; si postrándose en oración, descargándose del peso de la iniquidad, y aliviándose así se hubiera levantado en seguida abjurando su ingratitud y perfidia, y hubiera implorado su perdón, hermanos míos, en la misma hora, en aquel mismo instante lo hubiera alcanzado. Y bien, amados hermanos míos, tomad, os suplico entrañablemente, la determinación de huir siempre de la perfidia y de la ingratitud; proponed no abandonar jamás el espíritu de su Evangelio, de no sacrificar jamás ante las aras de las preocupaciones y locas opiniones del mundo, contrarias á la ley de vuestro Dios. Pero, si lo habéis hecho alguna vez; si, en esta hora de propiciación y de salvación Dios habla á vuestro corazón, ¡ah! no lo endurezcáis, no: humillaos. Aunque amontonaseis sobre vuestras cabezas montes de iniquidades, numerosas como las arenas del mar, recibiríais sin embargo el perdón con el arrepentimiento. Todas las gracias, pues, os están preparadas con esta sola condición: y es que esperéis siempre, que lloréis vuestras culpas hasta que el Señor os llame para premiar vuestro arrepentimiento en el cielo. *Amén.*

## LA PRISIÓN DE JESÚS

*Oblatus est, quia ipse voluit.  
El se ofreció, porque quiso.*

(Is. 53, v. 7.)

Estas breves y sencillas palabras de Isaías, mis amados hermanos, encierran la circunstancia más importante de la pasión y muerte del Redentor. Porque su sacrificio no ha sido eficaz para nosotros ni nos

ha rescatado, sino porque fué voluntario, y porque su muerte, más bien que el exceso de la malicia de los hombres, fué el misterio de su caridad divina. Guardémonos, pues, dice San Ambrosio, al ver á Jesús en poder de sus verdugos, de acusar su propia flaqueza, ó la fuerza y violencia de los hombres. No, no; la traición de Judas, la sacrilega audacia de los judíos, no son más que instrumentos ciegos, aunque criminales, que contribuyeron á realizar los designios de la sabiduría y del amor ardiente de Jesús. No es la fuerza de las armas sino el misterio de la salvación del mundo lo que encadena al Salvador y le entrega á sus enemigos. Consideremos pues hoy desde este punto de vista el tierno misterio de la prisión de Jesús en Gethsemani, á fin de que tomemos la resolución de hacernos cautivos voluntarios de aquel que voluntariamente se hizo cautivo por nosotros. Pidamos los auxilios de la gracia. *Ave Maria.*

Al derribar el Salvador con una sola palabra á la infame soldadesca amotinada para apoderarse de su persona, hermanos míos, no lo hizo porque pensar escapar de las manos de sus viles perseguidores; sólo quiso manifestarnos, que sin su voluntad nada podían sobre él. Esta prueba no le basta y ha querido añadir á ella otras más palpables y más luminosas para convencernos cada vez más de su Divinidad y de la libertad de su sacrificio.

Ved en primer lugar el tono de autoridad con que manda que dejen libres á sus amados discípulos, y les garantiza la vida. El se vuelve con un tono de soberano hacia los criados insolentes y crueles, á quienes el mismo poder que los había derribado acaba de levantar, y añade: Ya os lo he dicho; yo soy Jesús de Nazaret. Si pues es á mí á quien buscáis, os permito que os apoderéis de la persona del Maestro, mas no toquéis á los discípulos.

Por medio de esta orden, que sus enemigos siguen con una obediencia tan pronta y tan perfecta, aleja Jesús la idea de que haya podido caer en manos de los judíos por la fuerza. El demuestra á los más incrédulos la facilidad con que podía impedir que se apoderasen de su persona, supuesto que no tiene más que hablar para que sus discípulos conserven su libertad, y demuestra al mismo tiempo que es conducido á la muerte porque así lo permite, lo consiente y lo quiere.

¡Cuán patético es este rasgo de amor del Redentor! Olvidado de sí mismo, no piensa más que en poner en seguridad á sus discípulos. Pronto á aceptar para sí la prisión y la muerte, se apresura á asegurar á sus amigos la libertad y la vida; mas en la conducta que

observa hoy con respecto á los apóstoles que le acompañan, ha dado una garantía de lo que hará un día por todos los fieles cuya figura eran los apóstoles. Porque si él mostró en estas circunstancias tanta solicitud por salvar un número tan pequeño de los suyos, ¿cómo es posible que no quiera proteger siempre la innumerable multitud de los cristianos? ¡Dichosos, pues, los que le pertenecen por la docilidad de su fe y el fervor de su caridad! Él, como lo anunció por boca de su profeta, los rodea, los cubre, como un escudo, con su protección divina y con su tierno amor. El los toma en sus brazos amorosos y los estrecha en su seno como una madre afectuosa hace con su tierno hijo.

El Señor obliga á sus enemigos, no sólo á obedecer sus órdenes, sino también á oír sus convenciones. Dirigiéndose á los príncipes de los sacerdotes y á los magistrados del pueblo que se hallaban presentes, les dice: «¿Y qué! ¿habéis venido armados de espadas y de palos para prenderme?» Con estas palabras quería decirles: «¿Cuán insensatos sois en venir con un aparato tan formidable á prender un hombre sin defensa, que se pone él mismo voluntariamente en vuestras manos.» Después añade Jesús: «Diariamente he estado en medio de vosotros, enseñando públicamente mi doctrina en el templo. ¿Por qué no me prendisteis entonces que podíais hacerlo con tanta facilidad?» Es como si les hubiera dicho: «Yo he enseñado en el templo donde vosotros obráis como señores y donde tenéis á vuestras órdenes una guardia numerosa. Yo os he enseñado doctrinas que os eran odiosas. Muchas veces he arrojado de él los vendedores, cuyos fraudes y engaños aprobabais. Vosotros bramabais de rabia; pero ninguno de vosotros se atrevió á poner las manos sobre mí. Esto debería convencerlos de que sólo tenéis la péfida intención de dañarme, pero que os falta el poder para hacerlo. Sabed, pues, que lo que no pudisteis hacer entonces, porque yo no quise, no lo podríais tampoco ahora si yo no lo permitiese, si yo no os entregase espontáneamente mi persona y me complaciere en hacer que vuestro odio impotente sirva al cumplimiento de mi designio.» Finalmente el Salvador concluye con estas graves y misteriosas palabras: «Hacedlo ahora; esta hora es la vuestra, esta es la hora del poder de las tinieblas.

Cuando Jesús dice: «Esta es vuestra hora; esta es la hora del poder de las tinieblas;» da á los judíos el permiso para acercarse y para apoderarse de él, y declara que desde aquel momento se abandona á merced de su crueldad y de su furor. Ved aquí por qué los arqueros y los soldados todos bajan sus armas, preparan las cuerdas y se disponen para atarle. Mas como los satélites de los grandes y de los po-

derosos se señalan ordinariamente por su audacia, un cierto Malco, esclavo vil del gran sacerdote, se adelanta el primero para apoderarse del Salvador. A vista de esto, no pueden los apóstoles contener su celo. Señor, dicen á Jesús: ¿no nos permitís que hagamos uso de nuestras espadas? *Domine, si percutimus in gladio?* (Luc.) Pedro, más animoso y más ardiente que los otros, sin esperar la respuesta del Señor, y más veloz que la palabra, se arroja sobre el insolente criado, y quiere hendirle la cabeza con su espada; mas, por una disposición secreta de Jesús, el golpe se tuerce, y en vez de abrirle la cabeza, le corta la oreja derecha. ¡Oh! ¡cuán imprudente es el celo del príncipe de los apóstoles! ¡Quién puede calcular las consecuencias de la lucha desigual que se empeña entre los soldados y los apóstoles! Sin embargo, no temáis; apenas principia, cuando el Salvador pone fin á ella. Basta, basta, dice á sus discípulos, no opongáis más resistencia. Aunque se trataba entonces de una defensa legítima, se negó Jesús á usar de las armas. ¿Quiso por ventura el Salvador prohibir á los príncipes y á sus soldados el uso de las armas en una guerra justa y en el caso de una defensa legítima? No sin duda; mas él quiso advertirnos que las persecuciones de los tiranos contra los cristianos (cuyo preludio y cuyo símbolo es la que Jesús sufre al presente por los judíos), no debían ser rechazados por la fuerza material, que nos expone á perecer por la espada, sino que debían emplearse contra ellas la fuerza del alma, la dulzura, la humildad, la paciencia y la oración. Él quiso enseñarnos que en una guerra espiritual no son las armas visibles las que conviene emplear, porque si con ellas podemos vencer, podemos también ser vencidos, sino las armas invisibles y espirituales, de que habla San Pablo; el escudo de la fe, el casco de la esperanza y la coraza de la caridad, que harán siempre triunfar la Iglesia en la tierra y asegurarán á los mártires una corona de victoria en el cielo.

Jesús vuelve á colocar milagrosamente en su lugar la oreja ensangrentada de Malco. ¿Puede imaginarse algo más tierno ni más patético, algo que nos pinte mejor el corazón tan noble de Jesús, que verle curar amorosamente por sí mismo al primero que atenta contra su persona? Ved aquí cómo cumplió el Señor la ley que él había dado á todos de hacer el bien á los mismos que nos odian. El cura las heridas de los criminales que vienen á arrastrar á la muerte al que es santo y justo por excelencia.

Mas, ¡oh, furor maldito de esos monstruos endurecidos; oh, corazonces más duros que las rocas, pues que no se ablandan por la majestad de un milagro tan grande, ni por las muestras de una caridad

tan extraordinaria! Ved aquí que ellos se preparan para prenderle y que ejecutan esta cruel y sacrilega prisión con todas las circunstancias descritas por los profetas. En primer lugar, ellos le rodean, semejantes á perros rabiosos que acosan de cerca á una tímida oveja, ó á toros furiosos que persiguen á una novilla cobarde. En seguida le echan sogas al cuello como á una bestia feroz, y amarran fuertemente por los brazos y por la cintura al dulce Nazareno, que voluntariamente presenta sus manos á las ligaduras. ¡Hombres ciegos é insensatos! ¡Almas pérfidas y crueles! Así cargáis de cadenas al Dios autor de la vida y de la libertad, á aquel á cuyos pies deberíais arrojaros suplicándole que os librase de las ligaduras de vuestras iniquidades! ¡Deteneos por favor; pensad en lo que hacéis y temblad! Porque no se encadena impunemente á la sabiduría encarnada; no se aprisiona impunemente al que es la justicia incorruptible.

Mas, ¿por qué apostrofar á los judíos? Jesucristo no se hace su prisionero sino porque estaba ya dispuesto á serlo, ni es cargado de cadenas sino porque así lo ha querido. El Salvador había ya probado por una serie de prodigios sorprendentes que nadie hubiera podido apoderarse de su persona si él no lo hubiera permitido, y que si en esta ocasión no lo hubiera consentido, como en otras varias, los judíos se hubieran retirado en silencio sin realizar el proyecto cruel que les había conducido al Huerto. Mas tampoco Jesucristo hubiera cumplido el amoroso sacrificio para el que vino al mundo. Comprenderíamos, pues, este misterio. El verdadero Sansón no pudo ser preso sino cuando quiso serlo; él se hizo traición en cierto modo á sí mismo, no pudiendo resistir á su amor por estos hombres ingratos é injustos que debía librar con sus propias ligaduras, así como debía glorificarlos con sus oprobios, consolarlos con sus dolores y resucitarlos con su muerte. Y, en efecto, ¡oh, desgracia del pecador! El estado de pecado es para el alma un estado de triste cautiverio y de vergonzosa esclavitud. Y esta esclavitud es tan dura, que el alma, manchada por el pecado, no sólo está en la servidumbre y en la dependencia, sino que también está cargada de cadenas que tienen encorvada su frente hacia la tierra, y la impiden elevar sus miradas al cielo; degradada por el pecado, se halla como envuelta en las ligaduras que no la permiten moverse; de modo que no puede dar un paso en el camino de la salvación, y se halla reservada para la muerte eterna bajo el imperio del demonio.

Pues bien; Jesucristo había obtenido de su Padre, por sus súplicas y su agonía, la gracia de ser tratado como uno de nosotros y de ocupar nuestro lugar, á fin de que nosotros pudiésemos colocarnos en el suyo, y participar de sus méritos y de sus privilegios.

Si el velo que le cubría se hubiera descorrido entonces, se hubiera visto verificarse el cambio precioso que Jesús había solicitado de tomar lo que nos pertenecía, y merecernos lo que era exclusivamente suyo. Entonces se hubiera visto que en tanto que unas manos sacrílegas cargaban á Jesús de cadenas, otra mano misericordiosa é invisible rompía las nuestras; que en tanto que el demonio se apoderaba de la persona del Salvador por mano de los judíos, nosotros nos emancipábamos de la esclavitud del demonio.

Recibid, pues, oh Señor, el tributo de mi reconocimiento y de mis alabanzas, supuesto que os habéis dignado romper y llevar vos mismo en mi lugar las cadenas de mi esclavitud. Esta libertad es para mí de mucho precio, es un reflejo de la gloria; porque al salvarme del infierno me asegura la rica y preciosa herencia del cielo. ¡Oh, santas é inestimables cadenas de mi Redentor! ¡Quién me diera besarlas con amor y respeto! ¡Quién me diera poder ponerlas en mi cuello, y gloriarme como San Pablo de ser el prisionero de Jesucristo! De este modo podría decirse de mí que el amor me hacía cautivo de mi Salvador, del mismo modo que mi Salvador ha querido hacerse cautivo por mi amor.

Nunca podrá admirarse bastante la generosidad, el anhelo y la caridad con que el Salvador presentó voluntariamente sus manos á las cadenas de sus enemigos; mas tampoco podrá detestarse bastante la audacia impía y la infame crueldad de los judíos que no se detienen en encadenar á Jesús, después de haberle visto obrar tantos prodigios. Sin embargo, esto no debe sorprendernos. Los judíos, que atan el cuerpo del Salvador, están ellos mismos envueltos con ligaduras más terribles. Porque el mismo Jesucristo había dicho á los judíos pocos momentos antes, que al apoderarse de él, obraban como satélites del poder de las tinieblas que reinaba en ellos. El crimen de que se hacen culpables al apoderarse de Jesús, sin embargo de que es tan infame en sí mismo, no debe sorprendernos, supuesto que ellos mismos son esclavos del demonio y obran bajo sus inspiraciones y preceptos.

Lo que es necesario deducir de esto, amados hermanos, es que Dios habita verdaderamente por su gracia en el alma justa, mientras que el demonio reina por su malicia en el alma manchada por el pecado. Por consiguiente, así como las virtudes sublimes de los santos, que salen de los límites ordinarios de la moralidad humana, se deben á las comunicaciones inefabables, y al poderoso auxilio de Dios que fija su morada en el corazón del hombre justo, así los desórdenes y los pecados que llenan de admiración y de horror á los peca-

dores mismos, que escandalizan á los mismos escandalosos, y salen de los límites ordinarios de la perversidad humana, son el resultado del impulso formidable, de la infernal energía del demonio que reina en el corazón de los pecadores.

Esos padres desnaturalizados que, no contentos con ser ellos mismos impíos y libertinos, toman al parecer todos los medios para inocular en sus propios hijos la impiedad y el libertinaje del corazón; esos amigos engañosos, esos pífidos compañeros, esos infames confidentes en quienes la malicia iguala á la corrupción, y que procuran, sin saber por qué, iniciar en los impuros misterios de la voluptuosidad á las vírgenes inocentes, y á los jóvenes que conservan aún la sencillez de la virtud; esos autores de libros impíos y de poesías obscenas que pierden con sus escritos aun á aquellos que no pueden perder con sus discursos; esos funestos autores de pinturas escandalosas y de estatuas indecorosas, que llegan á insinuar el vicio representándolo en acción, que parecen dominados por una especie de furor que les arrastra á cometer pecados que les sobreviven, y con los que infestan no sólo la generación presente, sino también las generaciones futuras; esos incrédulos, que después de haber ahjurado toda creencia y toda religión, despliegan un celo infernal por arrancar del corazón de los pueblos todo sentimiento de fe y de piedad, y destruir en ellos todos los principios de religión; todos esos seres perversos, de quienes no puede decirse que sean arrastrados por el placer ó por la pasión, sino por un celo ardiente de propagar y de eternizar el pecado; no obran tanto por sí mismos, cuanto por instigación del espíritu infernal; ellos son los verdaderos ministros, los verdaderos apóstoles y los verdaderos esclavos de Satanás; y según las palabras del mismo Jesucristo, el demonio es su padre, y ved aquí por qué ellos cumplen los deseos y ejecutan las obras del demonio.

Mas, ¡cuán triste es la recompensa que reciben de su docilidad sacrilega y de su infame ministerio! ¡Oh! ¡Cómo sus cadenas se hacen cada vez más pesadas! ¡Cómo con el transcurso de los años se hace su esclavitud más dura y más irremediable! Ella comienza en el tiempo, y no concluirá jamás, porque tendrá por duración la eternidad entera. Esos son los corazones perversos de quienes dice la Escritura que su conversión es muy difícil: *Perversi difficile corriguntur*. Sin embargo, el número de esos hombres tan profundamente corrompidos no es tan grande. Mucho más numerosa es la multitud de pecadores por hábito, cuya malicia no es tan profunda, pero que no por eso dejan de estar bajo la dura esclavitud del demonio, y cuya conversión presenta, por consiguiente, grandes dificultades.

¡Ah! ¡Desventurados cristianos! ¿De qué les servirá que el Redentor se haya dejado atar por ellos, y que haya roto una vez las cadenas de sus pecados, si ellos continúan en forjar otras nuevas con sus propias manos? Porque nuestras obras de tinieblas, nuestros hábitos criminales son verdaderas cadenas preparadas por el infierno, y ligaduras pesadas con las que atamos nuestra alma para hacerla esclava del más cruel de los tiranos; y ¡cuán difícil es evadirse de estos hierros cuando se ha acostumbrado á ellos!

¡Ved, en efecto, ese pobre pecador cuyas recaídas se han multiplicado con tanta frecuencia, y que ha visto encanecer sus cabellos en una funesta esclavitud! Pues bien, ya sea por la necesidad íntima que el alma tiene de Dios, ó por el temor de perderse ó el deseo de salvarse; ya sea por la voz amorosa de la gracia que no cesa de dejarse oír á lo lejos del pecador que huye de ella, al más pequeño golpe con que se siente herido en su fortuna, en su persona ó en su familia; al más pequeño terror que le causa una muerte repentina; al acercarse una solemnidad cualquiera, ese pecador forma propósitos de conversión. Mas, ¡ay! apenas los ha formado cuando los abandona; y ¿por qué? porque así como la cadena que llevan los esclavos durante muchos años penetra algunas veces la carne y aun hasta los mismos huesos, así en los pecadores envejecidos en el servicio del demonio, la cadena infernal se insinúa hasta en la voluntad, que por lo mismo se endurece en ellos al igual del hierro, y bajo un peso tal que ellos no hacen otra cosa que suspirar, y las más veces en vano. Esos desgraciados quisieran, y no pueden; se levantan, y vuelven á caer; se arrepientan, y cometen nuevos pecados; se agitan en el fango, y jamás salen de él; oyen la voz de la gracia, y obedecen los instintos vergonzosos de la naturaleza. Ellos no quisieran haber comenzado, y jamás se resuelven á acabar. Ellos se echan en cara sus vicios, y jamás se corrigen. Ellos gimen bajo el peso de sus cadenas, pero nunca las rompen. El pecado, que otras veces les causaba horror, se les ha hecho con el tiempo una costumbre inveterada. La costumbre se ha convertido en naturaleza, y la naturaleza se ha hecho para el pecador una necesidad de pecar. ¡Horrible necesidad, que produce cuasi la imposibilidad de corregirse! ¡Fatal imposibilidad que degenera en una fría desesperación de la salvación! ¡Horrorosa desesperación, que consume el terrible misterio de la condenación eterna! De este modo los pecadores por hábito continuarán llevando siempre las mismas cadenas; de temporales que son, ellos las harán eternas. En tanto que el alma del justo unida á Dios por la cadena de oro de la caridad, llevando á Dios en su corazón, y pasando

neciendo ella misma en el seno de Dios, se despierta en Dios á la hora de la muerte para reposar siempre con Dios; al contrario, el alma del pecador que ha vivido en la esclavitud del demonio unida á él por la cadena del pecado, que tiene al demonio en su corazón y que ella misma habita en él, se despierta á la hora de la muerte entre sus brazos para ir á participar eternamente de su sociedad en medio de un fuego devorador. ¡Teman, pues, los justos perder la dulce y preciosa libertad que han adquirido; y giman los pecadores al ver la horrible esclavitud á que los ha reducido el demonio!

Mas, ¿no queda ya esperanza alguna? ¿No hay medio alguno para romper las cadenas tan degradantes, y salir de una esclavitud tan vergonzosa? ¡Ah! ¡Desventurados pecadores, vuestro estado me causa compasión! Mas, ¿qué queréis que os diga?

Escuchad sin embargo lo que no habéis querido oír en otro tiempo, á saber, que no es lo mismo llevar al tribunal de la penitencia un solo pecado, que diez pecados; no es lo mismo confesar después de haber cometido una falta, que poner un intervalo de muchos años entre el pecado y la penitencia. Escuchad: si el mal es grave, ¿quién es la causa? ¿por qué os internáis tanto en los caminos del desorden, á pesar de los avisos de la gracia y los remordimientos de la conciencia? Al presente siento decirlo; pero disimular el peligro no sería mejorar vuestra situación. El hombre habituado á cometer el mal, el hombre agobiado bajo el peso formidable de los hábitos criminales, difícilmente se levanta. Sin embargo no desmayéis; tened confianza. Vuestra conversión es difícil, no lo niego; pero no es imposible. El mérito infinito de la prisión que el Salvador quiso sufrir por vosotros, permanece en toda su virtud. Vosotros no tenéis que hacer más que aplicároslo; esto podréis conseguirlo por medio de la oración, de las lecturas piadosas y de las prácticas de devoción, con el uso de los sacramentos, la huida de las ocasiones, y una separación pronta de todas las personas y de todos los lugares donde comenzó vuestra esclavitud. Confieso que esto no es fácil; pero es indispensable. ¿No os sometéis á la prueba misma del fuego y del hierro para prolongar algunos días la salud de vuestro cuerpo? ¿Y qué es el sacrificio de los falsos amigos, de las sociedades disolutas y de las intrigas homicidas, cuando se trata de salvar el alma por toda la eternidad? Creed además que lo que os es imposible con las solas fuerzas de la naturaleza, se os hará fácil con los auxilios de la gracia. Lo que el hombre no puede, lo puede Dios. Si, vosotros veréis caer á vuestros pies los pedazos de vuestras cadenas; vosotros recobraréis la verdadera independencia del espíritu, la verdadera libertad del corazón, y pasando al

presente de la esclavitud del demonio á la libertad de los hijos de Dios *in libertatem gloriae filiorum Dei*, daréis un día gracias en el cielo á la bondad de nuestro Salvador, que nos ha conquistado esta libertad por el misterio de su cautividad. Así sea.

## EL TRIBUNAL DE CAIFÁS

*Principes ejus quasi leones rugientes.  
Judices ejus lupi vespere. Injuste egerunt  
contra legem. Nescivit autem iniquus con-  
fessionem.*

Sus príncipes como leones rugientes.  
Sus jueces como lobos nocturnos. Obra-  
ron injustamente contra la ley. Mas el  
malvado no conoció la vergüenza.

(SOPHON. III, 3.)

Uno de los juicios más inicuos, hermanos míos, de que se hace mención en la Escritura es la sentencia impia cuya inocente víctima fué Naboth. Para despojarle de su viña, única heredad que le habían legado sus ascendientes, y transferir su propiedad á Acab que deseaba con ansia unir la á sus dominios, ¿qué hace la injusta Jezabel? Digna consorte de un esposo tan infame, abusa del nombre y del selo real para reunir un tribunal extraordinario, compuesto de los hombres más malvados de entre los grandes y los ancianos del pueblo. Por su orden es presentado en él el desventurado Naboth. Dos falsos testigos á quienes ella misma llama abortos del infierno, hijos de Belial, le acusan de haber blasfemado de Dios é insultado al monarca. y en virtud de esta deposición hace ella condenar á la muerte más injusta al hombre más religioso, al súbdito más fiel que había en Israel; después, para enriquecerse con sus despojos y hacerse dueña de su heredad, le hace quitar la vida (III. Reg. 21.)

Esta fué sin duda una sentencia funesta, pronunciada por un tribunal infame y desapiadado. Y sin embargo, este tribunal no era

otra cosa que la figura profética de aquel que la verdadera Jezabel, es decir, la sinagoga, debía formar para satisfacer á Caifás, verdadero Acab, con el objeto de hacer acusar por falsos testigos y condenar por jueces inicuos al verdadero Naboth, Jesucristo, á quien se quería despojar de su viña, es decir, de la casa de Israel, de que el mismo Jesucristo se proclama heredero legítimo en la parábola de los viñadores avaros y crueles. Esta es la razón porque ese tribunal sanguinario que se había reunido en el palacio de Caifás, adonde debemos seguir hoy las pisadas del Salvador que se halla en manos de sus pèrdidos enemigos, no puede mirarse como una asamblea de jueces, sino más bien, según lo había designado el profeta muchos siglos antes, como una turba de leones rugientes, ó de lobos acosados por el hambre, impacientes por devorar el cordero divino y saciarse de su sangre. La deposición de los testigos no presenta ni aun una sombra de verdad; la sentencia de los jueces no deja ver ninguna apariencia de equidad; y jueces y testigos, todos son igualmente inicuos, y no se ruborizan de la infamia que recae sobre sus testimonios y su sentencia. Pues bien, este es el cumplimiento de la profecía que debemos consignar hoy en el tribunal de Caifás, por el carácter de los jueces que le componen y por el de los testigos que en él se admiten, como asimismo por las falsas acusaciones que se reciben contra el Salvador. Este espectáculo nos inspirará horror á la injusticia enorme con que fué tratado Jesús, y nos guardaremos de ser injustos con los cristianos nuestros hermanos. Pidamos antes la gracia. *Ave Maria.*

¿Quién lo hubiera creído jamás! Apenas los discípulos vieron á su Divino Maestro cargado de ligaduras, hermanos míos, cuando al momento emprendieron todos la fuga. Antes de la tentación creyeron poder pasar sin los auxilios de Dios, y omitieron la oración; en el momento de la tentación, creyeron que todo estaba perdido, y sucumbieron. Presuntuosos al principio, se hicieron al fin incrédulos. Demasiado confiados desde luego en sí mismos, acabaron por desconfiar del mismo Dios. Así el primer exceso les había ya dispuesto para el segundo, porque existe una relación secreta entre la presunción y la cobardía, entre la temeridad y la huida, entre las promesas pomposas y el olvido total de las obligaciones. Sólo á la humildad sincera, según el pensamiento de San Pablo, pertenece el verdadero valor, supuesto que cuanto más desconfía el hombre de sí mismo y se apoya en Dios, más fuerte se hace con la fuerza misma de Dios.

El Salvador preso fué llevado al palacio de Anás, que había sido

gran pontífice. Este era un hombre soberbio, avaro, voluptuoso y cruel, y por lo tanto, enemigo encarnizado de la doctrina, vida y persona de Jesucristo. Esta presentación fué hecha por instigación de los sacerdotes más jóvenes. Estos querían proporcionar á aquel anciano la bárbara satisfacción de ver agobiado bajo las cadenas un personaje tan importante como Jesús, que era desde mucho tiempo el objeto de un odio implacable para el pontífice. Pero hay otra razón, y es que, envejecido Anás en la malicia y cargado de años, podría imaginar algún delito secreto, y sugerir algún medio plausible para que el Nazareno apareciese digno de muerte.

Nosotros ignoramos el recurso de que se valió el pontífice Anás; mas lo que sabemos es que este hombre, después de haber satisfecho su odio salvaje con el espectáculo de las humillaciones y de los insultos del augusto preso, le envió á Caifás, digno yerno de tal suegro y que había sido elevado para aquel año á la dignidad de gran sacerdote.

En virtud de la institución divina sancionada por la ley de Moisés, la soberanía del sacerdocio era entre los hebreos una dignidad vitalicia, y al mismo tiempo hereditaria entre los descendientes de Aarón. Mas en tiempo de Jesucristo, la ambición y la avaricia de los jefes de las familias sacerdotales, á pesar de querer adquirir la reputación de ser observadores escrupulosos de la ley de Moisés, habían hecho del soberano sacerdocio una dignidad temporal limitada al espacio de un año, y al mismo tiempo la habían hecho electiva, ó por mejor decir, venal; porque el prefecto romano la confería ordinariamente al que más ofrecía, y San Jerónimo asegura, según el historiador Josefo, cuyo testimonio no puede ser sospechoso, que Caifás se había elevado á esta dignidad suprema del sacerdocio, sirviéndose precisamente de su oro como de escala para subir á ella. ¿Debe sorprendernos en vista de esto, que este pontífice de iniquidad pronunciase una sentencia inicua?

El gran consejo se había reunido en la casa de este hombre tan malvado y perverso, y se había declarado en sesión permanente. Todos los sacerdotes, todos los doctores de la ley y todos los ancianos del pueblo esperaban allí con ansiedad el resultado de la expedición de Judas. Pues bien; esta reunión era digna de figurar al lado de Caifás su jefe, compuesta como está de los mismos hombres que habían decretado en unión con él la muerte del Redentor en el último consejo. Esta asamblea, por consiguiente, no se compone de jueces íntegros; no encierra otra cosa que crueles verdugos, que ocultan un bárbaro furor bajo la toga de magistrados. Jesucristo no

es un acusado que va á sufrir la prueba del juicio de los hombres, sino un cordero que va á ser devorado por los dientes de lobos hambrientos.

Ellos quieren, sin embargo, disimular su rabia sanguinaria bajo la máscara de la hipocresía; ellos procuran vestir su intriga de ciertas formas judiciales, y dar al asesinato jurídico del inocente las apariencias de la legalidad. Solicitos por recoger las acusaciones más inicuas y prestar oídos á las más atroces calumnias, mandan por todas partes emisarios y satélites para buscar testimonios; ordenan, asimismo, en la imposibilidad en que se encuentran de hallarlos verdaderos y fieles, que se presenten á su tribunal hombres sobornados y testigos falsos. Tan cierto es que para estos magistrados sin probidad y sin pudor, todos los caminos son buenos, todos los medios son legítimos con tal que puedan mandar al suplicio á Jesús de Nazaret.

Cuando la autoridad hace pesar de una manera evidente el yugo de la opresión sobre el débil inocente; cuando la calumnia espera recompensas, en vez de los castigos que debía temer, el número de los calumniadores y de todos aquellos que venden su conciencia se multiplica infinitamente. Ved aquí por qué una turba de falsos testigos se presentó á este tribunal de sangre, atraída por la seguridad de su impunidad y por la esperanza de halagar los deseos del Sanhedrin.

Entre tantos calumniadores no se encontró ni uno solo que hiciese pesar sobre el Redentor una acusación de importancia. Lejos de eso, sus deposiciones eran evidentemente frívolas y despreciables, ó bien se destruían mutuamente por una evidente contradicción.

¡Oh triunfo magnífico de la inocencia de Jesús! En medio de tan numerosas deposiciones no encuentra la calumnia ni aun una sombra ni una apariencia de que pueda prevalecer contra él.

Dos acusaciones, sin embargo, parece que debían exceptuarse de entre tantas imputaciones calumniosas presentadas contra el Salvador; éstas son las de dos testigos falsos que declararon haberle oído decir: «Yo puedo destruir el templo de Dios y reedificarlo en tres días.» Y, sin embargo, los evangelistas miran también esta deposición como un falso testimonio; falso testimonio que consiste, no sólo en afirmar un hecho que no ha sucedido, sino también en dar á las palabras un sentido diferente de aquel en que han sido dichas. Esto es precisamente lo que hicieron aquellos viles acusadores. En primer lugar, es cierto que Jesús había hablado de la destrucción de un templo; mas, como los evangelistas han tenido cuidado de advertir, él hizo alusión al templo vivo de su sagrado cuerpo, y de ninguna

manera tuvo intención de designar el templo material. En segundo lugar, aquellos testigos, al referir las palabras del Salvador, las habían alterado, le habían añadido algunas expresiones, habían mudado algunas otras, y de esta manera habían dado, á lo que era una calumnia manifiesta, la apariencia de una acusación inspirada por la verdad. Jesús había dicho: «Romper las ligaduras de este templo», y los testigos alteraron esta expresión y le hicieron decir: «Yo destruiré el templo de Dios.» Nótese bien que Jesucristo, á fin de no dejar duda alguna acerca de que sus palabras hacían relación á su cuerpo, no se sirve de las palabras *destruir* y *edificar*, sino que emplea las frases *romper las ligaduras* (desatar) y *resucitar*, las cuales significan evidentemente un cuerpo animado, un templo vivo y alegórico. Finalmente, para dar más claridad á sus expresiones, no dice: «Yo romperé las ligaduras de este templo», sino, por el contrario: «Romperé vosotros mismos las ligaduras»; giro de frase que hace resaltar más claramente la alusión que hacia á su cuerpo real.

Los judíos eran celosos hasta el fanatismo por la existencia y por la gloria de su célebre templo, y era bastante hablar mal de aquel edificio sagrado para atraerse el odio del pueblo y ser reputado digno de muerte. Jeremías fué condenado á muerte por haber anunciado que Dios destruiría un día el templo, y San Esteban fué apedreado por haber renovado la misma profecía. Esta acusación contra Jesucristo era en manos de sus enemigos un resorte poderoso para sublevar contra él las pasiones populares. Ved aquí por qué una acusación de esta especie, que en ningún otro tribunal hubiera sido admitida en juicio como prueba, encontró favor en el de Caifás. Este pontífice no sólo la escucha, sino que la acoge al momento como una prueba legal, le da una grande importancia, la hace propagar y divulgar en el pueblo por los emisarios que manda por todas partes. Con estos odiosos manejos consiguió al fin que este mismo pueblo, que poco antes veneraba á Jesús como á un profeta, le detestase después como á un sacrilego; que las mismas voces que habían hecho resonar en los aires su *Hosanna*, lanzasen cinco días después gritos de muerte contra el mismo Salvador, y que aun en el tiempo mismo en que estaba clavado en la cruz, ese pueblo extraviado viniese á echarle en cara con un insulto irónico la pretensión audaz que había manifestado de querer destruir el templo de Dios: *Vah! qui destruis templum Dei!* ¡Infernal astucia de aquellos asesinos disfrazados de jueces!

Sin embargo, los judíos mismos no se atrevieron á presentar esta acusación en el tribunal de Pilatos. Si provocó entre ellos una alegría fantástica, fué principalmente por el efecto que podía producir

y que produjo realmente en el pueblo; pero no quedaron plenamente satisfechos de ella. Desesperando, pues, aquellos verdugos de poder fundar sobre las acusaciones de los testigos ni aun una apariencia de culpabilidad contra Jesús, quisieron encontrarla en sus mismas respuestas. Con este fin tan criminal, olvidando Caifás el respeto debido á la alta dignidad de que estaba revestido en cualidad de gran pontífice y de presidente del consejo, se levanta en medio de la asamblea, y descendiendo al oficio de juez instructor, se aproxima al acusado y le dice con voz insolente: «¿Qué haces? ¿Por qué no hablas? ¿No oyes los graves cargos que esos testigos hacen pesar sobre ti? Miserable, supuesto que te obstinas en callar, es que nada tienes que responder.» Nada era más fácil al Salvador que destruir la acusación presentada contra él de haber querido destruir el templo. Para confundir á sus dos acusadores, no tenía más que repetir sus mismas palabras, cuyo sentido habían alterado aquellos criminales. Sin embargo, él no quiso hacerlo; él no opuso una sola palabra á la provocación insolente con que Caifás creyó haber herido su amor propio, y se encerró en su tranquilo y majestuoso silencio. Y, en efecto, ¿para qué había de responder? Sabía que, estando ellos obstinados, como lo estaban, en no abrir los ojos á la luz de las obras de su misericordia, mucho menos habían de prestar oídos á sus palabras. Por otra parte, esta asamblea no tenía de tribunal más que la forma; no era en realidad más que una reunión tenebrosa de asesinos, ávidos de la sangre de Jesús, y para manifestarles que los había conocido, no se dignó responderles; su silencio era una elocuyente reconvencción.

¿Qué hacen Caifás y sus consejeros á vista de este silencio, verdadero triunfo para el Salvador? ¡Ay! ¡una especie de vértigo infernal se apodera de ellos; y lejos de haber podido comprender el grande é inefable misterio de que ellos mismos van á ser los ministros, ni aun aprecian las apariencias! ¡Y cosa sorprendente! es necesario confesarlo: Pilatos, á pesar de ser pagano, aquel hombre que no había sido ilustrado por la fe, ni había nacido bajo el imperio de la ley, se sorprendió del majestuoso silencio que Jesús guardó también en su presencia, sintió aumentarse su admiración y respeto, y redobló sus esfuerzos y su celo por librarle del suplicio. Y los judíos, adoradores del verdadero Dios, ese pueblo privilegiado que había recibido una ley de justicia y de verdad, y lejos de conocer que el silencio del Salvador hacia brillar su inocencia mucho más que si les hubiese respondido, toman de él ocasión para odiarle más y para llenarle de oprobios, y su furor se aumenta, y sus persecuciones no cesan sino

después de su muerte. ¡Bárbaros! Ellos habían depuesto todo sentimiento de humanidad.

¡Ojalá, hermanos míos, el tribunal de Caifás hubiera sido, en la destrucción de Jerusalén, enterrado para siempre bajo sus ruinas! Mas, ¡ay! en nuestros días principalmente parece que ese tribunal infame renace en sus cenizas, y es demasiado cierto por desgracia que se multiplica en una proporción espantosa entre las naciones cristianas, con menosprecio de la fe y de la ley de Jesucristo. ¿No estamos viendo en efecto diariamente una nube de hombres, á quienes no recomienda mérito ni virtud alguna, lanzarse sobre los empleos públicos por los más vergonzosos caminos? Esas almas bajas, que han abdicado todo instinto de conciencia y que jamás han penetrado en el santuario de la ciencia, no solicitan los cargos públicos sino por la autoridad de que disfrutan, por los honores inherentes á ellos, por los adelantos de fortuna que proporcionan y por la impunidad que aseguran. Poco les importan los deberes que imponen ni la responsabilidad que llevan consigo. A imitación de Caifás y de los sacerdotes, verdaderos satélites de sus crímenes, más bien que ministros de su sacerdocio, los hombres á quienes aludo llegan á los empleos públicos por los caminos de la corrupción y de la intriga, y nosotros tenemos el dolor de verlos sostenerse en ellos sólo por medio de la injusticia.

Sin fortuna, y lo que es todavía peor, sin mérito se levantan de las clases más oscuras y usurpan un lugar entre los grandes del pueblo, no apoyándose en el brazo de la justicia, sino asiéndose al favor ó á la intriga. Tan soberbios y altaneros al presente como viles y aduladores fueron en otro tiempo, parece que quieren indemnizarse sobre el público y sobre sus desgraciados subalternos del largo noviciado de humillaciones y de bajezas que sufrieron bajo el dominio de sus superiores, y procuran explotar su flaqueza, sorprender su confianza y burlar su credulidad.

¿Quién podrá contar las injusticias cometidas diariamente, las recompensas negadas ó suspendidas, los méritos olvidados y los inocentes oprimidos? ¿Quién podrá numerar las lágrimas que por esta causa se vierten? Y sin embargo, ¡contemplad los autores funestos de tantas desgracias! Apenas se dignan echar una mirada desdeñosa sobre las víctimas de su insaciable codicia y de su egoísmo cruel, ó fijan sobre ellas una mirada de indiferencia, mientras que por su parte hacen callar sus remordimientos al ruido de los festines. Tan descarados como injustos, ostentan á los ojos del público escandalizado el insultante espectáculo de una opulencia, fruto vergonzoso

de su rapacidad y de la fortuna que han levantado sobre la miseria ajena.

¿Qué pensáis vosotros, hermanos míos, de esos hombres que pueblan, sin embargo, todos los países de la Europa civilizada y cristiana? ¿No creéis que, con todos los principios de moral y de religión, han abjurado también todos los instintos de humanidad? Sin duda alguna; el león que destroza, el lobo que devora el rebaño sin defensa, tiene más pudor y menos crueldad que esos hombres de corazón de bronce que son la vergüenza del siglo XIX. ¡Oh Caifás, que turba de imitadores y de discípulos cuentas todavía entre nosotros!

Mas, ¿dónde está la causa de esta plaga que consume el cuerpo social y que amenaza extender cada día más su horrible gangrena? Es necesario decirlo; Caifás, lo mismo que los sacerdotes y los ancianos de los judíos, no estaban tan corrompidos, ni eran tan avaros y tan crueles sino porque pertenecían á la secta de los Saduceos. Desechando por lo mismo el dogma de la inmortalidad del alma, no tenían la santa esperanza ni el temor saludable de la vida futura, y se ocupaban únicamente en crearse, por todos los medios imaginables, una felicidad material en este mundo. Pues bien, los mismos efectos suponen la presencia y la acción de los mismos principios y de las mismas causas. El libertinaje que levanta insolentemente la cabeza, la avaricia que no conoce ya freno, ese furor monstruoso de querer hacer su fortuna con los despojos de sus semejantes, todos esos vicios, esparcidos en las clases todas de la sociedad actual, prueban que los cristianos modernos han desterrado de su memoria la Religión y sus leyes santas, Dios y sus terribles juicios, la muerte y su saludable terror, la eternidad y sus terribles suplicios.

No parece sino que en nuestro siglo, el vapor, esa potencia nueva ha llevado, en su rápido curso, la religión lejos de nosotros; no parece sino que el hierro, destinado en adelante á facilitar las comunicaciones de los pueblos entre sí por caminos nuevos, ha hecho olvidar el camino que conduce al cielo. En medio de todas las invenciones, en medio de todos esos admirables descubrimientos que se han hecho para proporcionar el bienestar del hombre en este mundo, nada se ha hecho para acelerar el progreso de la virtud. Y sin embargo no es el lujo, no es la elegancia en los modales ni los círculos brillantes lo que forma la verdadera civilización de un pueblo. El humilde labrador de las campañas que, instruido en sus deberes de cristiano, los cumple con fidelidad; que lleno de piedad para con Dios, se conserva casto en sí mismo y se muestra justo con su prójimo; que acoge al huérfano y alivia las miserias de la viuda; que prac-

tica la caridad con el pobre y la hospitalidad con el extranjero... Un hombre tal, á pesar de su exterior tosco, es mil veces más civilizado que el rico habitante de las ciudades que, bajo formas halagüeñas y distinguidas, oculta un corazón corrompido y un refinado egoísmo. El conocimiento y la práctica de la verdadera religión es lo que forma la civilización verdadera.

Redoblad, pues, vuestra vigilancia, padres de familia, maestros de la juventud, depositarios de la autoridad; redoblad vuestra influencia y vuestro celo para propagar en todas las clases del Estado el conocimiento, el amor y la práctica de la verdadera religión. Evitad á la sociedad con vuestros esfuerzos en prevenirlos, el escándalo, el oprobio y todos los males que causaron la ruina de la antigua capital del pueblo de Dios. Salvada, en una palabra, de la desgracia de tener por magistrados y por administradores á esos hombres crueles cuyo corazón está siempre abierto á la injusticia y siempre cerrado á la compasión, y cuya frente jamás se ruboriza.

## LA BOFETADA

*Recogitate cum qui talem sustinuit á peccatoribus aduersus semetipsum contradictionem, ut ne fatigemini, animis vestris deficientes.*

Pensad en aquel que sufrió una gran contradicción por parte de los pecadores, para que no os desaniméis ni caigáis en el abatimiento.

(HEBR. 12, v. 3.)

Todos los perseguidores de la verdad han sido siempre tan artificiosos é hipócritas como injustos y crueles. Ved á Acab. Ese monarca impio aborrece de muerte al inocente y animoso Miqueas, porque este profeta le echa en cara sus vicios y le amenaza con los castigos de Dios. Sin embargo, él hace comparecer un día ante su inicuo tri-

bunal, compuesto de cuatrocientos profetas falsos, animados todos por el espíritu del demonio, al piadoso Miqueas, único profeta inspirado por Dios. Él le ruega y le conjura que le descubra claramente la voluntad del cielo, mientras que en el fondo de su corazón sólo le pregunta con el fin de encontrar en sus respuestas una ocasión ó un pretexto para hacerle morir. En efecto, apenas el profeta habla, cuando su discurso lleno de modestia y de sinceridad, es mirado como un audaz insulto; uno de los satélites del rey, seguro de que agrada en ello á esta majestad indigna, imprime en el rostro del profeta una insolente bofetada, y el rey y su consejo acaban por condenar á Miqueas á la pena de muerte.

La palabra Miqueas significa: «Que es igual á Dios, ó Hijo de Dios.» ¿Y cómo no reconocer, dicen los Padres y los intérpretes, en este hecho acaecido en el tribunal de Acab, la historia anticipada, la profecía clara y terminante de lo que sucedió al verdadero Miqueas, al Hijo de Dios, igual á su Padre, cuando se presentó ante el tribunal de Caifás? Este Pontífice indigno, lo mismo que su tribunal compuesto de infames, profesaba un odio profundo á Jesús, porque este divino Salvador no cesaba de censurar su vida escandalosa y de anunciar los castigos próximos á estallar sobre él. Sin embargo, por una artificiosa malicia, le excita á hablar no para que se justifique, sino á fin de que sus palabras suministren un motivo de acusación contra él. Mas apenas abre la boca, cuando una bofetada sacrilega marchita su rostro sagrado, y jueces y pontífice se apresuran á condenarle.

¡Oh ultraje sangriento hecho á la majestad de Dios ante el tribunal de los hombres! El nos recuerda, dice San Pablo, que sólo por nosotros sufre Jesucristo una contradicción tan grande y una afrenta tan cruelmente ignominiosa. El nos enseña que no debemos entregarnos al resentimiento ni al rencor cuando recibimos una injuria por parte de los hombres, sino que por el contrario debemos sufrirla con paciencia, en vista de lo que el Hijo de Dios, tan santo y tan inocente, sufrió por nosotros.

Animados de estos sentimientos, debemos meditar hoy todas las circunstancias de la injuriosa bofetada, de la afrenta cruel que recibió nuestro Salvador, y examinar el misterio que en ella se encierra, las instrucciones que nos da y las gracias que puede alcanzarnos. Pero antes pidamos la gracia. *Ave María.*

A pesar de todos los medios de seducción, hermanos míos, á pesar de la autoridad suprema de que estaban investidos los magistrados y